

El mensaje humanista

Eduardo Frei



**editorial
aconcagua
colección
lautaro**

INTRODUCCION

Siempre he pensado que la confusión de lenguas que se produjo en la Torre de Babel no tuvo su origen tanto en que los hombres que la construían hablaran diferentes idiomas, pues desde tiempo inmemorial existieron los intérpretes, como que pronunciando las mismas palabras cada uno les daba, según su conveniencia, un significado diferente.

De ahí vino la confusión.

Este fenómeno se ha repetido periódicamente a través del tiempo.

Hoy asistimos al abuso más desembozado de términos cuyos verdaderos y claros sentidos son sistemáticamente deformados. Así oímos hablar de democracia a quienes no creen en ella y cuyo propósito es destruirla; de libertad, a quienes la suprimen; de justicia, a quienes la atropellan, y de Humanismo, a quienes representan todo lo que le es opuesto.

Dentro de esta misma línea de conducta se ha generalizado en este mundo lo que se ha dado en llamar el doble standard: hay quienes juzgan y condenan las acciones de sus adversarios del extremo opuesto para terminar ambos empleando los mismos procedimientos con la intención de destruirse mutuamente.

Unos y otros, invocando distintas motivaciones, desconocen la libertad, la democracia, la justicia y los derechos humanos, aunque se vistan con estas expresiones. Esto contribuye a aumentar la confusión.

Leyendo los mensajes de Paz de los años 1980 - 1981 del Papa Juan Pablo II, dirigidos no sólo a los cristianos sino al mundo entero, encontramos que en ellos se definen con nitidez estos conceptos de tal manera que es imposible ignorarlos o deformarlos.

Fundado en ellos, he escrito este breve ensayo destinado a precisar algunas ideas fundamentales y reivindicar su contenido, desfigurado por la más engañosa propaganda.

E.F.M.

Santiago, julio de 1981.

ALGO TREPIDA EN LO PROFUNDO

Aunque pueda discutirse el presagio o estimarse una mera coincidencia, es un hecho que siempre al término de los milenios parecen conmoverse las bases mismas que sustentan la vida humana y la estructura de las civilizaciones establecidas; y ahora que vivimos lo que se ha dado en llamar la era planetaria, esa conmoción adquiere caracteres aún más inquietantes.

Sin embargo, para no caer en sobresaltos o pesimismo excesivos que llevan a desconfiar de la condición humana, es útil no olvidar que en diversas épocas de la Historia el cuadro ha sido también desolador y no han faltado los profetas que periódicamente han visto en ellas signos de "acabo de mundo".

El hambre, la violencia, la discordia, el odio y el terror no son, pues, patrimonio sólo de nuestro tiempo, con la diferencia que hoy tienen su origen, muchas veces en desviaciones mentales y organizaciones con vínculos internacionales, que poseen un terrible poder destructivo. A todo esto se agrega que el efecto de sus acciones lo conocemos al instante, a todo color, dentro de nuestros propios hogares, a

través de una publicidad que es parte del peligro y del contagio que provocan.

Resulta, sí, indudable que por encima de cualquier otra consideración asistimos hoy a transmutaciones de magnitudes antes no concebibles, que se difunden prontamente y provocan crisis extensas y agudas, cuya gravedad creciente amenaza la libertad, la paz y la seguridad humanas. Es claramente perceptible que algo trepida en lo profundo de todas las sociedades tanto en el Occidente como en el Oriente, en el Norte como en el Sur.

Nadie puede ignorar que en estos tiempos se vive un proceso de cambios acelerados que alteran la conducta y el ambiente en que el hombre se desenvuelve. Son muchos los futurólogos que nos describen con notable erudición el significado de este "desafío mundial" y vaticinan acerca de cuál será la estructura de la sociedad postindustrial, motivada por la multiplicación, que sin exagerar podemos calificar de asombrosa, de los medios que la tecnología y la investigación están poniendo en manos del hombre y que incrementan su capacidad creadora, modifican los sistemas de producción y transforman la organización de las comunidades nacionales e internacionales.

A estas situaciones, que se adecuan a los avances de la informática, se unen las investigaciones de la ingeniería genética mediante las cuales se pretende pesquisar y dominar las secretas raíces de la vida.

Más allá de los fenómenos sociales, políticos y económicos, aquellos son los factores que más profundamente están trastrocando la existencia humana y las estructuras mismas de la sociedad.

El futuro ofrece así aspectos luminosos, casi deslumbrantes, cuando se considera la potencialidad de cada uno de esos descubrimientos, empero asimismo presenta enigmas de los más preocupantes para el destino de la humanidad.

En medio de corrientes entrecruzadas es que el hombre busca afanosamente una dirección, perdido a veces en el tumulto de tanta innovación y de los riesgos y conflictos que acarrearán. Frecuentemente se pregunta si esos prodigios conducirán en definitiva a un verdadero progreso del ser humano en todas sus dimensiones o limitarán aún más su albedrío; o si se verá en cierta forma sometido y arrollado por una avalancha de acontecimientos que lo deshumanizarán, o que al menos durante un prolongado período será incapaz de controlarlos y dirigirlos.

Uno de los principales cuestionamientos lo suscita el hecho de que quienes llegan a adquirir el dominio del Estado tienen en la actualidad a su disposición novedosos recursos tecnológicos que, puestos al servicio del poder, pueden fácilmente generar nuevos tipos de servidumbre, inimaginables en el pasado.

Esto explica por qué las luchas políticas y sociales se han transformado en una competencia cada vez más dura por el poder, ya que su posesión implica el empleo de posibilidades antes desconocidas que permiten decidir el destino de la sociedad y del hombre. Y esto es aún más grave cuando quienes lo sustentan pretenden utilizarlo para imponer esquemas ideológicos con desprecio de toda opinión que les sea adversa o diferente.

El peligro expuesto está siendo denunciado con frecuencia como una amenaza creciente. Alain Tourne, sociólogo reputado de inspiración marxista,

analizó recientemente este fenómeno en su libro **Más allá del Socialismo**, en el que formula una crítica hacia los partidos socialistas por haberse transformado en máquinas para alcanzar el poder. Por lo demás, esta crítica puede hacerse extensiva en distintos grados a muchas otras corrientes y partidos que igualmente lo buscan recurriendo a cualquier medio.

INTERROGANTES EXISTENCIALES

De ahí que al hombre contemporáneo le surjan diversas interrogantes que podríamos calificar de existenciales.

¿Podrá conservar —reflexiona— su libertad, su dignidad, su personalidad y un mínimo de independencia cuando está ya siendo sometido por los múltiples medios con que cuentan hoy los gobiernos para dominarlo, por la propaganda insistente y masiva, y por las burocracias todopoderosas?

Las democracias pluralistas, ¿podrán realmente escapar a estas presiones y los parlamentos desempeñar su oficio controlador de Ejecutivos cada vez más fuertes, a veces más allá de la voluntad de sus propios ocupantes, impelidos por los impulsos de las nuevas realidades que deben afrontar?

¿Podrá el hombre conservar su individualidad y su capacidad de juicio, el sentido sagrado de su conciencia, alienado por una civilización de masas y por medios secretos de detección de información que se introducen en lo privativo de su propia vida familiar?

¿Sabrá apreciar su capacidad de independencia y libertad, cegado por un materialismo consumista que

tiende a convertirlo en parte de un rebaño satisfecho, sumiso a una publicidad que lo incita a concentrar su actividad en financiar la adquisición de más y más bienes, muchos de ellos suntuarios o prescindibles, en una competencia de imágenes y de codicias sin fin?

¿Podrán las naciones, no sólo las pequeñas, resistir la gravitación de las empresas transnacionales, más importantes a veces que muchos Estados, y de un mundo plagado de satélites que les transmiten a sus pueblos lo que deben saber y cómo saberlo, según sea la voluntad de sus detentores?

¿No tienen acaso ya a la vista qué significan las sociedades monolíticas, en las que se utilizan desembozadamente todos los elementos existentes para imponer modelos dogmáticos sobre muchedumbres sometidas, en las que la sola disensión es un crimen de lesa majestad; y en tono menor, pero no menos inhumano, en las que se erigen gobernantes, sin contrapesos, que se autoestiman facultados para encarcelar, exiliar y silenciar a quienes se resisten a reconocerlos como los administradores únicos de la Patria y de la verdad?

En medio de estos flujos, que crecen y nos arrastran en su oleaje contradictorio y turbulento, es fácil perder el equilibrio en el juicio y dejarse atraer por los extremismos, que por una lógica fatal se tornan en exasperados e irracionales.

¿Cómo sortear los peligros tan dramáticos que nos cercan, sin desperdiciar las enormes posibilidades abiertas por el genio del hombre y por el acceso cada vez mayor a los conocimientos y a la información, que alcanza no ya a grupos elitarios sino a inmensos conglomerados de seres humanos?

UN INSTANTE HISTORICO DECISIVO

Todos estos potenciales tecnológicos, al ser usados en pro de la humanidad, son válidos y existen motivos para pensar que estamos viviendo, a estos respectos, un instante histórico privilegiado. Algunos, al evaluar el acelerado dominio que está adquiriendo el hombre sobre el mundo que lo rodea, llegan a pensar, y no sin fundamento, que estamos asistiendo al fin de la prehistoria.

Pero, como ocurre con todo el acontecer humano, junto a la cumbre está el abismo, junto al Capitolio, la roca Tarpeya.

Pareciera entonces lo más lógico, para no extrañarse, no vivir pendiente sólo de la coyuntura de cada día, sino además, y muy principalmente, encontrar una visión orientadora que permita vislumbrar hacia adónde se camina, sin caer en optimismos vacíos ni en pesimismo que esterilizan.

Lo expresado es aún más valedero para un humanista y cristiano que debe estar consciente que la esperanza es una virtud esencial y que nunca debe caer en un catastrofismo atemorizado.

Pues bien, una sociedad abierta es la menos expuesta a los abusos congénitos al poder, ya que exis-

ten en ella válvulas y contrapesos que tienden a impedir su extensión, que por gravitación propenden a ser ilimitados.

Con todos los errores y restricciones que se quiera, el Parlamento, la libertad de expresión, los sindicatos, las Iglesias, las organizaciones intermedias y de base, cualesquiera que sean sus deficiencias, significan una oportunidad de participación y defensa, incomparable con cualquier otro sistema.

Pero ésta no es en sí una respuesta que pueda satisfacer en forma absoluta a quienes viven en sociedades abiertas, porque en ellas se presentan aún más marcadamente los desequilibrios y tensiones que significan los cambios que se están operando, pues por su misma textura afloran prontamente a la superficie sin ser constreñidos o silenciados, como sucede en las sociedades cerradas.

De ahí que la búsqueda de una respuesta a la inquietud angustiada del hombre contemporáneo sea en ellas aún más necesaria, si es posible decirlo, para no perder los valores que se han ido laboriosamente conquistando y que se ven hoy amagados desde adentro y desde afuera.

Y esa respuesta sólo puede ser dada a través de un cuerpo doctrinal, es decir, de una tesis, que pueda constituirse en la columna vertebral que organice las formas de vida social e institucional de las comunidades libres.

UN DILEMA ANGUSTIANTE

No cabe duda que el marxismo, desde su ángulo, tiene su visión y su respuesta. En el otro extremo, el capitalismo representa un modelo económico que, especialmente en los países en desarrollo, se alía con un individualismo materialista, muchas veces dogmático e intransigente. Estos son los términos de la disyuntiva en que se debate la mayor parte de nuestros pueblos.

En la medida en que la democracia se debilita, ese dilema se hace cada vez más dramático. Si logra ser más vigorosa por la solidez de sus organizaciones sociales, el grado de desarrollo cultural y económico, la mejor distribución de los ingresos y el más efectivo respeto de los derechos del hombre, el dilema pierde su relevancia.

La situación es mucho más difícil en la gran mayoría de los países de menor desarrollo económico, social y político, donde la injusticia, las desigualdades irritantes, la debilidad de las instituciones, la carencia de participación y frecuentemente las distintas formas de represión crean odios, resentimien-

tos y desesperación, condiciones favorables para que el conflicto, al ahondarse, alimente los extremismos, que pretenden presentarse como las únicas alternativas.

En este proceso ambos acaban por parecerse: uno y otro desconocen derechos humanos esenciales; uno y otro determinan que la democracia en sus naciones es imposible; uno y otro definen cuál es la verdad, y declaran enemigos de la Patria a quienes no aceptan su formulación oficial; uno y otro recurren a la violencia; uno y otro estiman que la suprema ley es la seguridad del Estado tal como ellos la conciben para su propio beneficio; uno y otro suprimen los partidos políticos, salvo naturalmente el que ellos reconocen como único; uno y otro debilitan en los hechos las instituciones intermedias y de base, para dejar al ciudadano inerme frente a un Estado todopoderoso; uno y otro dicen respetar al pueblo, pero las organizaciones que establecen las generan desde arriba, sin permitir que surjan realmente como expresión auténtica de la voluntad popular libremente manifestada; uno y otro controlan directa o indirectamente los medios de comunicación y pretenden concientizar a los pueblos a través de una propaganda sistemática; uno y otro piensan que la libertad y el pluralismo implican un desorden incompatible con el modelo político y económico que proponen, el que —anuncian— traerá la solución de todos los problemas; uno y otro ofrecen sacrificios presentes para la conquista de un paraíso futuro en que nacerá el hombre nuevo, aunque sin señalar plazos, mas pasan los años sin que las metas anunciadas se alcancen.

Las comparaciones podrían multiplicarse; pero, en síntesis, es válido reconocer que unos extremos son, en diferentes grados, una copia sin vuelo, a veces un remedo —no por eso menos real— de los otros. No podemos negar que algunos alcanzan las notas de la tragedia, mientras otros constituyen sólo un drama ciertamente doloroso y melancólico.

EJEMPLOS ALECCIONADORES

En nuestra América Latina, para no referirnos a otras regiones del mundo, podríamos citar diversos ejemplos de este juego de los extremos, pero hay algunos especialmente aleccionadores en diferentes naciones de Centro América y del Caribe que están sufriendo las consecuencias fatales de este proceso, cogidas por una tenaza que las ahoga.

En varios de estos países se instalaron dictaduras, algunas ya con más de 50 años de existencia. Todas, sin excepción, se justificaban como defensoras del orden y como la única barrera ante el peligro comunista. Prácticamente en cada uno de ellos se impuso un régimen de fuerza y una fórmula social y económica que significó la concentración de la propiedad y la riqueza en grupos muy reducidos y cada vez más poderosos frente a una masa, especialmente agraria, que perdió la pertenencia de sus pequeñas o medianas propiedades para transformarse en conglomerados proletarios de las grandes y tecnificadas explotaciones pertenecientes a personas o compañías en manos de escasos patrones. Estos, amparados por una represión inmisericorde, controlaron además el sistema económico y la vida integral de esos pueblos. Después de largos años de tales regímenes ca-

ieron primero la dictadura de Batista frente a Fidel Castro y luego la de Somoza frente al Sandinismo. Ahora vemos lo que acontece en El Salvador y Guatemala, para no indicar otros países que ya están aguardando su turno.

Nadie que no quiera deliberadamente cegarse dejará de ver que estas dictaduras han sido el mejor caldo de cultivo para preparar el camino del otro extremo, para cosechar, después de tan largos períodos de "seguridad", millares de muertos, torturas, crímenes y destrucción.

Un testimonio entre tantos que nos parece digno de señalarse es el de la unanimidad de los obispos de El Salvador que han dicho respecto a lo que ocurre en su patria: "Esta sociedad nuestra aparece a nuestra vista cada vez más polarizada por el hecho de la acumulación de la riqueza en manos de unos pocos y el empobrecimiento cada vez más escandaloso de las mayorías. . ."

"Todo este conjunto de situaciones injustas, esta resistencia al cambio de estructuras y esta oposición a todo lo que significa toma de conciencia de la situación nacional, es lo que hemos llamado sistema de injusticia estructural y pecado social."

"El Salvador aparecía así como uno de los pueblos típicos del continente, que, con sobrada razón, debía incluirse en la denuncia que hicimos los obispos en Puebla: 'como un escándalo y una contradicción con el ser cristiano por la creciente brecha entre ricos y pobres'."

"La opción por la violencia ha llegado hasta la constitución de 'brazos armados' que pretenden conquistar el poder por la vía de las armas e imponer por el

terror la ideología de los grupos de extrema izquierda o defender los intereses de la extrema derecha. . .”

“La misma herencia del pasado y la infiltración del comunismo han venido incubando y sistematizando la llamada ‘lucha ideológica’ hasta desembocar en ideologías extremistas que rechazan las formas democráticas de convivencia social.”

Por ello es que “denunciamos todo cuanto atente contra la paz en nuestro país: situaciones y actitudes de injusticia en sus múltiples manifestaciones, como la extrema pobreza que aflige a gran parte de nuestro pueblo, el desempleo y subempleo, desnutrición, inestabilidad laboral. . .” Y citando a Puebla (acápite 42), agregan que “a esto se suman las angustias que han surgido por los abusos del poder, típico de los regímenes de fuerza”. “La angustia de los familiares que sufren por la desaparición de sus seres queridos, de quienes no pueden tener noticias; inseguridad por detenciones sin orden judicial y abusos de poder en la represión sistemática o selectiva acompañada de delación, violación de la privacidad, apremios desproporcionados, torturas y exilios. La angustia de ver a la Justicia sometida o atada”; y a continuación expresan: “condenamos, en este momento de angustia que vive nuestro pueblo, la violencia sangrienta de la guerrilla y el terrorismo de los grupos clandestinos”.

Seguramente se dirá por aquellos que se niegan a “una toma de conciencia” que éste es un problema de Centro América, pero olvidan que en esas condiciones en cualquier país es imposible un verdadero diálogo y la existencia de “formas democráticas de convivencia social”, y que ningún seudo triunfalismo del presente puede ocultar los efectos inexorables que

acarrear estas experiencias en cualquier pueblo que deba soportarlas.

Quienes hacen en naciones como éstas un desesperado esfuerzo por buscar fórmulas pacíficas y rechazan la violencia, tienen ante sí una tarea extremadamente difícil, saboteados por ambos extremos que en diversos grados se van haciendo más tajantes.

Indudablemente que no sólo basta condenar la violencia, cualesquiera sean su forma y origen, y lamentar esta polarización inevitable al suprimirse los cauces de una solución pacífica y oportuna. Lo importante es saber si existe alguna vía que ofrecer, una doctrina que presentar.

El intento de estas páginas es precisamente reiterar que ella existe y que representa la verdadera aspiración de la gran mayoría de los pueblos que, dígame lo que se diga, permanece desquiciada frente a la acción de estos extremos y como inerme ante minorías ideologizadas, organizadas y armadas, que pretenden subyugarla. Cada una, según ellas afirman, lo hace para librar al pueblo del otro extremo, para terminar casi siempre oprimiéndolo. Esto es aún más grave, como ocurre en el caso-tipo de El Salvador, porque, como muy bien lo señalan sus obispos, siempre entran a actuar presiones foráneas y "una propaganda internacional desproporcionada y maliciosamente distorsionada, a lo que hay que añadir la injusta internacionalización de nuestro problema en aras de intereses geopolíticos".

En el fondo, para una y otra facción, el pueblo es un menor de edad que debe ser conducido por estos grupos que se autoproclaman como clarividentes, ya que pretenden saber mejor que él lo que le conviene;

y por eso es que una y otra suprimen la posibilidad de que el propio pueblo disponga de su destino en forma auténtica y verdaderamente libre, porque saben que, si expresara su voluntad, ellas aparecerían las más de las veces como insignificantes minorías.

Los hombres en su innata disposición para vivir en paz y libertad, se sienten interpretados por las grandes corrientes humanísticas y religiosas que se oponen a toda forma de opresión y tiranía, que hoy se apropian de distintas nominaciones destinadas a disfrazar sus fisonomías.

UN MENSAJE VALIDO

Ante este dramático cuadro, sin duda las palabras del Papa Juan Pablo II tienen una vasta significación. Tal vez nadie sintetice mejor las aspiraciones básicas de los seres comunes y guarde tan ponderado equilibrio para evaluar las ventajas y los riesgos de los tiempos que vivimos.

A través de sus documentos y discursos ha ido divulgando un mensaje que contiene los principios y las bases para construir una nueva sociedad, más pacífica, más libre y más justa, y de ahí que no sea casual que en su torno se movilicen tan extensas multitudes que ningún otro hombre vivo es capaz de convocar.

No se trata de palabras dirigidas sólo a los cristianos sino a todos los hombres y mujeres, cualesquiera que sean sus posiciones y creencias, en un lenguaje claro y directo que desborda los estilos tradicionales para convertirse en expresión admirable en defensa de los fundamentales principios que deben inspirar la vida personal y social.

Al analizar, como diría Godofredo Kurth, "estos grandes vuelcos de la Historia", en su última Encíclica sobre la Misericordia, dice:

“La presente generación se siente privilegiada porque el progreso le ofrece tantas posibilidades, insospechadas hace sólo algunos decenios. La actividad creadora del hombre, su inteligencia y su trabajo, han provocado cambios profundos tanto en el dominio de la ciencia y de la técnica como en la vida social y cultural.”

Los jóvenes de hoy saben “que la ciencia y la técnica no sólo aportarán nuevas luces, sino también una participación más amplia a su conocimiento”. Las nuevas técnicas de comunicación “favorecen un intercambio creciente de ideas, y las adquisiciones de la ciencia biológica, psicológica y social ayudarán al hombre a penetrar mejor en la riqueza de su propio ser”.

Si ilimitadas son hoy las factibilidades, también son grandes los obstáculos. “Existen inquietudes e imposibilidades que atañen a la respuesta profunda que el hombre sabe que debe dar”.

“El hombre contemporáneo —señala el Papa en un párrafo que titula ‘Fuente de Inquietud’— tiene, pues, miedo de que con el uso de los medios inventados por este tipo de civilización, cada individuo, lo mismo que los ambientes, las comunidades, las sociedades y las naciones, puedan ser víctimas del atropello de otros individuos, ambientes, sociedades. La historia de nuestro siglo ofrece abundantes ejemplos. A pesar de todas las declaraciones sobre los derechos del hombre en su dimensión integral, esto es, en su existencia corporal y espiritual, no podemos decir que estos ejemplos sean solamente cosa del pasado”.

“El Hombre —señala— tiene precisamente miedo de ser víctima de una opresión que lo prive de la libertad integral, de la posibilidad de manifestar exte-

riormente la verdad de la que está convencido, de la fe que profesa...”

“Los medios técnicos a disposición de la civilización actual ocultan, en efecto, no sólo la posibilidad de un atentado por vía de un conflicto militar, sino también la posibilidad de una ‘subyugación pacífica’ de los individuos, de los ambientes de vida, de sociedades enteras y de naciones que por cualquier motivo puedan resultar incómodas a quienes disponen de medios suficientes y están dispuestos a servirse de ellos sin escrúpulos... Piénsese —agrega— en la tortura todavía existente en el mundo ejercida sistemáticamente por la autoridad como instrumento de dominio y atropello político, y practicada impunemente por los subalternos.”

Es muy cierto lo que agrega el Pontífice cuando afirma que “junto a la conciencia de la amenaza biológica crece la conciencia de otra amenaza que destruye aún más lo que es esencialmente humano, la que está en conexión íntima con la dignidad de la persona, con sus derechos a la verdad y a la libertad”.

La otra fuente de su inquietud la constituye “el estado de desigualdad” que hay entre hombres y entre pueblos, que no sólo perdura sino que va en aumento. “Y todo esto —expresa— se desarrolla sobre el fondo de un gigantesco remordimiento constituido por el hecho de que, al lado de los hombres y de las sociedades muy acomodadas o saciadas, que viven en la abundancia, sujetas al consumismo y al disfrute, hay en la misma familia humana individuos y grupos sociales que sufren hambre. No faltan niños que mueren de hambre a la vista de sus madres. No faltan en diversas partes del mundo, en diversos sistemas socioeconómicos, áreas enteras de miseria, de defi-

ciencia y de subdesarrollo. Este hecho es universalmente conocido."

Por eso es que en medio de "esta imagen de hoy, donde existe tanto mal físico y moral como para hacer de él un mundo enredado en contradicciones y tensiones y, al mismo tiempo, lleno de amenazas dirigidas contra la libertad humana, la conciencia y la religión, explican la inquietud a las que está sujeto el hombre contemporáneo".

UN MUNDO PODEROSO Y DEBIL

Sus palabras no reflejan temor ante el progreso humano, pero al mismo tiempo demuestran que está también consciente de sus peligros latentes.

Parece difícil resumir mejor este cuadro tan complejo cuando escribe que "de esta forma, el mundo aparece a la vez poderoso y débil, capaz de lo mejor y de lo peor, pues tiene abierto el camino para optar por la libertad o la esclavitud, entre el progreso y el retroceso, entre la fraternidad y el odio. El hombre sabe muy bien que está en su mano el dirigir correctamente las fuerzas que él ha desencadenado y que pueden aplastarlo o salvarlo".

Este es ciertamente un mundo —cómo dudarlo— poderoso y débil, capaz de lo mejor y de lo peor, donde todos los caminos están abiertos y es de cada hombre la responsabilidad de elegirlos. Tiene la posibilidad de utilizar las fuerzas que ha desatado y que pueden conducirlo a una mayor libertad o a una peor esclavitud. Y estas palabras adquieren una mayor relevancia por circunstancias que objetivamente contribuyen a un mejor discernimiento por la conciencia que están adquiriendo los pueblos de las consecuencias de escoger la alternativa.

Dentro de estas disquisiciones, nadie podría negar que el mundo comunista atraviesa por una crisis profunda. El conflicto chino-ruso; los problemas que crea en muchas conciencias a través de todo el orbe la invasión de Afganistán, de Camboya, y tantos otros hechos, que conmueven a muchos que antes veían por allí un camino.

Desde otro ángulo, el significado de lo que ocurre en Polonia no puede disimularse. En este Estado socialista, son los trabajadores los que se levantan; no son los burgueses ni los reaccionarios. Y todos saben que similar actitud está latente en Hungría, Rumania, Checoslovaquia y Yugoslavia, y alcanza también a algunos partidos comunistas europeos, principalmente el español y el italiano.

Adicionalmente, hay otro factor de mayor profundidad en sus consecuencias, y es la protesta de un extenso número de personas que representan los sectores intelectuales y cuyo desacuerdo los designa como los "disidentes".

En tiempos de los zares, la rebelión vino de la "inteligencia"; Dostoiewski y Tolstoi, entre otros, la simbolizaron.

Hoy ocurre lo propio, pero en una proporción y magnitud antes no conocidas, aun bajo el zarismo. El trato ultrajante a Sakharov no tiene parangón con el que le fuera dado a Tolstoi, que vivió ejerciendo un verdadero imperio moral. El número de filósofos, escritores, artistas y científicos perseguidos, encarcelados, o exiliados, no se limita sólo a algunos hombres famosos, sino también a una pléyade de creadores e investigadores menos renombrados. La lista sería interminable, y los numerosos libros que muchos de ellos han publicado en su exilio agitan el pensamien-

to en el mundo, y cada día son mayores los testimonios del impacto que provocan.

Mas tampoco puede decirse que el materialismo capitalista esté en su apogeo. Parece difícil discutir que como fórmula de productividad de bienes es más eficiente que la economía colectivista. Cosa muy distinta es que sea una respuesta al hombre, la base de una civilización. La crisis por que atraviesa el sistema, los quiebres morales, el consumismo desatado, la creciente brecha entre grandes riquezas y oprobiosas pobrezas, los desequilibrios en el orden mundial, tampoco pueden negarse. Si bien convive junto a la democracia pluralista, lo que es sin duda un hecho real y positivo, es indudable que en el seno mismo de estos regímenes el hombre anda en busca de una respuesta más de acuerdo con su propio ser.

Como escribe el Papa en la Encíclica sobre la Misericordia:

"Evidentemente un defecto fundamental o más bien un conjunto de defectos, más aún, un mecanismo defectuoso, está en la base de la economía contemporánea y de la civilización materialista, que no permite a la familia humana alejarse, yo diría, de situaciones tan radicalmente injustas."

Para insistir después en que la amenaza nuclear "no concierne únicamente a lo que los hombres puedan hacer a los hombres valiéndose de los medios de la técnica militar; involucra también muchos otros peligros que son el producto de una civilización materialista, la cual, no obstante declaraciones 'humanísticas', acepta la primacía de las cosas sobre las personas".

Más allá de la economía y de la política hay un trasfondo existencial que implica una visión del hom-

bre, de su destino, de un sistema de ideas que se reflejan en su actitud ante la vida, la concepción de la sociedad en que vive, sus tradiciones, los principios que reconoce y que se expresan en todas sus manifestaciones, materiales y espirituales.

UNA ESCALA DE VALORES

De ahí la importancia de que logre sustentarse en una escala de valores que defina y esclarezca las bases sobre las cuales el hombre y los pueblos puedan vivir en común con otros. Si esta escala de valores no existiera o no fuera admitida, el mundo se destrozaría. No basta un cierto tipo de pragmatismo avalórico que conduce inevitablemente al oportunismo y a la esterilidad moral.

Juan Pablo II en sus Mensajes de Paz dirigidos al mundo entero en los años 1980 y 1981 ha señalado cuáles son esos valores que permitirán fundar la vida en las sociedades humanas, a partir de las complejidades actuales. Tienen especial trascendencia pues precisan una doctrina y una posición.

Diríamos que centra al hombre al colocarlo como el cimiento esencial de todo orden verdadero, y lo ubica frente a los extremos deshumanizados, que lo trastornan, desnivelan, y pretenden "tironearlo", es decir, "descentrarlo". Al hacerlo ha definido la sustancia de un verdadero Humanismo, que debe responder a la naturaleza de los tiempos.

Su tesis y objetivo motivacional es la defensa de la dignidad del hombre, de sus libertades fundamen-

tales contenidas en la Declaración Universal de los Derechos Humanos, a la cual se refiere insistentemente.

El hombre, sujeto de derechos inalienables, con un destino trascendente, debe defenderse y ser defendido contra toda especie de opresión, la que surge de sí mismo por sus debilidades y errores y por el mundo egoísta que lo rodea, que deliberada o inconscientemente trata de absorberlo o reducirlo.

En los Mensajes de Paz de los años 1980 y 1981 fija los parámetros que lo enmarcan.¹

El primero se refiere al reconocimiento de la verdad.

Pareciera esto muy obvio; pero si se medita un poco se comprenderá que allí está el principio de todo orden, la única posibilidad de entenderse. El reino de la mentira es el que todo lo corrompe y distorsiona.

“Si es cierto que la verdad sirve a la causa de la paz, es también indiscutible que la ‘no verdad’ camina a la par con la causa de la violencia y de la guerra...”

“Por ‘no verdad’ hay que entender... la mentira propiamente dicha, la información parcial o deformada, la propaganda sectaria, la manipulación en los medios de comunicación, etc...”

Estas formas de “no verdad” están en la base de la violencia y preparan el terreno propicio para que ésta prospere.

¹ Todas las frases entre comillas que van a continuación, salvo cuando se hace expresa referencia a otros documentos, están contenidas en el texto oficial de los Mensajes de Paz de los años 1980 y 1981.

“La violencia se impregna de mentira y tiene necesidad de la mentira, procurando asegurarse una respetabilidad en la opinión mundial. ¿Qué decir de la práctica consistente en imponer a quienes no comparten las mismas posiciones —para mejor combatirlos o reducirlos al silencio— la etiqueta de enemigos, atribuyéndoles intenciones hostiles y estigmatizándolos como agresores a través de una propaganda hábil y continua?”

Para ejercer tales propósitos, todos los recursos se consideran legítimos: “Indignaciones selectivas, insinuaciones pérfidas, manipulación de las informaciones —(observemos cuántas veces repite el concepto)— descrédito sistemático lanzado sobre el adversario —su persona, sus intenciones, sus actos—. Chantaje e intimidación: he aquí el menosprecio de la verdad, puesto en obra, para desarrollar un clima de incertidumbre, dentro del cual se quiere coaccionar a las personas, a los grupos, a los gobiernos, a las mismas instancias internacionales, a unos silencios resignados o cómplices, a compromisos parciales y a reacciones irracionales; actitudes todas igualmente susceptibles de favorecer el juego homicida de la violencia y atacar la causa de la paz”.

Si no se leyera en forma tan superficial y nos detuviéramos un instante a pensar el verdadero alcance de estas palabras, apreciaríamos cómo ellas retratan con exactitud las situaciones reales que desgraciadamente vivimos.

En el plano internacional se deforman las noticias de acuerdo con los intereses o posiciones ideológicas, se ocultan o se agigantan algunas y se empequeñecen las que se desea no se conozcan. Igual ocurre en el interior de las naciones. Estos mismos

Mensajes que comentamos no tienen cabida o muy escasa en los medios de difusión, o se resumen tendenciosamente.

Cuántos silencios y abusos, en nombre muchas veces de la libertad de información, pues no se titubea en elegir las palabras para producir mayor perturbación y engaño entre quienes no tienen la posibilidad de informarse adecuada y objetivamente.

A menudo los titulares no corresponden a los textos, o se escogen mañosamente frases que fuera del contexto total adquieren un significado diferente, lo que induce a engaño al hombre común desprevenido. Poderosos y extensos consorcios económicos o ideológicos, nacionales e internacionales, construyen imperios propagandísticos para servir sus posiciones, manipulando con frecuencia la información. Pocos son los que se exceptúan.

Otra forma de mentir es el permanente abuso de lo que se ha llamado el "doble standard": lo que es un crimen en un lado no lo es en la vereda contraria. En nombre de engañosos intereses ideológicos, los que cometen actos condenables son aplaudidos o vituperados según una extraña solidaridad que aprueba o reprueba, no en nombre de normas sino de subjetivismos e intereses.

Si el régimen del frente cierra un periódico o impone la censura, se le condena; si éste lo hace, se le aplaude. Si aquél tortura, es un criminal; si éste lo hace, se silencia o se justifica el hecho.

Aunque no lo parezca, esta es la raíz profunda de conflictos insalvables, de la rebelión que se acumula en el corazón de quienes toman conciencia de lo que encubre el reino de la mentira.

Solzhenitsyn, en el discurso que enviara a Estocolmo para la recepción de Premio Nobel, dijo algo proféticamente semejante, que conviene recordar una vez más y repetir:

“La violencia, cada vez menos atada por restricciones que siglos de legalidad impusieron, abrasa al mundo entero sin importarle que la Historia ha demostrado repetidas veces su esterilidad”. “Más aún, la fuerza bruta no sólo triunfa sino que además recibe una entusiasta justificación”.

“El mundo se deja llevar por la cínica convicción de que lo puede todo y la justicia nada”.

“No olvidemos, sin embargo, que la violencia no viene sola, que es incapaz de vivir sola, porque está íntimamente asociada por el más estrecho de los lazos naturales con la mentira. La violencia encuentra no sólo refugio en la mentira y la mentira no sólo sostiene en la violencia. El hombre que escogió la violencia como medio, debe, inexorablemente, elegir la mentira como regla”.

RESTAURAR LA VERDAD

Si nos detenemos un instante para juzgar nuestras propias experiencias y las que circulan por el mundo, vemos cuán terriblemente cierto es que quienes han escogido la violencia como medio, inexorablemente eligen la mentira como regla.

Y conocemos bien las infinitas maneras de mentir.

Por eso es que para Juan Pablo II, “en la base de todas estas formas de ‘no verdad’, alimentándolas y alimentándose de ellas, hay una concepción errónea del hombre y de sus dinamismos constitutivos. La primera mentira, la falsedad fundamental, es la de no creer en el hombre, en el hombre con toda su potencia de grandeza, y además en su necesidad de redención del mal y del pecado que está en él”.

Agrega enseguida: “Derivada de ideologías diversas, con frecuencia opuestas entre sí, se difunde la idea de que el hombre y la humanidad entera realizan su progreso sobre todo como producto de la lucha violenta. Se ha creído poder verificarlo en la historia. Progresivamente se ha llegado a la costumbre de analizar todo, tanto en la vida social como en la internacional, en términos exclusivos de relaciones de fuer-

za y consiguientemente de organizarla para imponer sus intereses”.

De ahí que: “mientras se sostengan selectivamente ciertas violencias favorables a intereses e ideologías; mientras se mantenga la afirmación de que el progreso de la justicia es en último análisis un resultado de la lucha violenta, los matices, los frenos y las selecciones cederán periódicamente a la lógica simple y brutal de la violencia, que puede llegar hasta la exaltación suicida de la violencia por la violencia”.

Naturalmente no faltan algunos que siempre están dispuestos a pensar que el sayo deben ponérselo los otros. Sin embargo, las violencias de unos son igualmente inaceptables que las de los otros, y peor aún si ellas se cubren con el manto de intereses, o de ideologías, o de “razones de Estado”.

Este Papa habla directamente, sin eufemismos, sin frases envueltas con gasa y ungüentos, y al proseguir su análisis no deja resquicios para que se escapen los que quisieran disfrazar, ocultar o aprovechar sus palabras.

“En medio de tal confusión de espíritus, construir la paz con las obras de la paz es difícil y exige la restauración de la verdad”.

“Restaurar la verdad es ante todo llamar por su nombre los actos de violencia bajo todas sus formas. Hay que llamar al homicidio por su nombre: el homicidio es un homicidio y las motivaciones políticas e ideológicas lejos de cambiar su naturaleza, pierden por el contrario su dignidad propia. Hay que llamar por su nombre las matanzas de hombres y mujeres, cualquiera que sea su pertenencia étnica, su edad y condición. Hay que llamar por su nombre

a la tortura, y con los términos apropiados a todas las formas de opresión y explotación del hombre por el hombre, del hombre por el Estado, y de un pueblo por otro pueblo”.

Sin embargo, esto no es todo. Nada hay que escape a este esfuerzo valeroso y sin limitaciones para denunciar la “no verdad” y la mentira cuando expresa: “Uno de los engaños de la violencia consiste en tratar —para la justificación propia— de desacreditar sistemática y radicalmente al adversario, sus actuaciones y las estructuras socioideológicas en las que se mueve y piensa”.

La dignidad del hombre requiere la defensa de la verdad, no de un modo teórico sino en términos concretos, y por eso desapruueba toda forma de manipulación, o de verdades parciales, que son, siempre, la peor manera de deformarlas.

Para que no haya duda alguna, define así su predicamento. Al homicidio debe llamársele por su nombre. No se atenúa, sino que se agrava cuando se comete en función de motivaciones políticas o ideológicas. Las matanzas jamás podrán acreditarse, o sea, no hay en sus palabras refugio para excusar crímenes.

A propósito de tan claros conceptos, no sin estu-
por hemos leído recientemente en nuestro país, en relación con una sentencia judicial, la siguiente frase: “En consecuencia” —concluye el Fiscal— “la conducta de que se trata (falsificación de pasaportes) es en efecto socialmente adecuada y no materialmente antijurídica, aunque puede, en hipótesis, cumplir objetivamente las descripciones de un tipo penal, el cual queda absorbido por la finalidad ético social de la conducta realizada, razón por la cual de-

be considerársele como lícita...” Y, sobre estas bases, la sentencia fue absolutoria.

Esta es la antípoda del contenido del Mensaje que comentamos.

Dentro de este verdadero galimatias para envolver el concepto, hay una sola conclusión: el delito deja de serlo cuando el propósito queda “absorbido por la finalidad ético social de la conducta realizada”, con lo cual se concluye que la transgresión cometida es lícita. Según la doctrina que genera esta jurisprudencia, se puede matar, raptar, estafar, falsificar e incurrir en toda clase de violaciones de la ley al estimarse que el hecho tiene una finalidad útil para quienes tienen el poder, y también, no lo olvidemos, como consecuencia, para quienes quieran combatirlos con sus mismas armas. Se abre así la puerta jurídica para llamar lícitos todos los delitos y las violencias posibles.

Esto es lo que se llama claramente subversión de los valores más esenciales para una sociedad.

El Papa presenta un espectro preciso y completo de lo que son las transgresiones a las normas y principios que constituyen la esencia de su enseñanza. No obstante, ellas son vulneradas muchas veces por algunos que dicen aceptar su dirección, con el agravante que invocan frecuentemente al humanismo cristiano como su fuente de inspiración; lo que constituye la más monstruosa de las distorsiones y un abuso sin medida de los términos.

LA CAUSA DE LA LIBERTAD ES INDIVISIBLE

Si la verdad es el tema central del Mensaje de 1980, la libertad lo es en el Mensaje de 1981.

Comienza Juan Pablo II por recordar que Juan XXIII proponía la libertad como uno de los cuatro pilares que sostienen el edificio de la paz.

“Esta paz debe realizarse en la verdad, debe constituirse sobre la justicia; debe estar animada por el amor; debe realizarse en la libertad”. Y agrega el siguiente párrafo, que debiera acuñarse: “Sin un respeto profundo y generalizado de la libertad; la paz escapa al Hombre. No tenemos más que mirar alrededor nuestro para convencernos. En efecto, mientras muchos hombres y mujeres, simples ciudadanos o dirigentes responsables, se preocupan vivamente por la paz —a veces hasta llegar a la angustia— sus aspiraciones no se concretizan en una paz verdadera a causa de la falta de libertad o de violación de la misma, o también por la manera ambigua o errónea en la que es ofrecida”.

Esta falta de libertad tiene dos ámbitos.

Uno es en el orden internacional al cual se refiere cuando se pregunta: “¿Cuál puede ser la libertad

de una nación cuya existencia, aspiraciones y creaciones están condicionadas por el miedo en vez de la confianza mutua? La libertad es herida cuando las relaciones entre los pueblos se fundan no sobre el respeto de la dignidad de cada uno, sino sobre el derecho del más fuerte, sobre la actitud de los bloques dominantes y sobre imperialismos militares o políticos". Y agrega: "La libertad es herida... a causa de las dominaciones económicas o financieras ejercidas por las naciones privilegiadas o fuertes".

El otro ámbito es el interno de cada nación, y, dentro de él a nivel político, demanda: "¿Tiene la paz una suerte real cuando no está garantizada la libre participación en las decisiones colectivas o el disfrute de las libertades individuales?". Y su respuesta es realmente diáfana: "No hay verdadera libertad —fundamento de la paz— cuando todos los poderes están concentrados en manos de una sola clase social, de una sola raza, de un solo grupo: o cuando el bien común es confundido con el interés de un solo partido que se identifica con el Estado".

Es decir, no hay verdadera libertad cuando los individuos son dominados por una sola agrupación "negando al mismo tiempo toda trascendencia al hombre y a su historia personal y colectiva".

Para Juan Pablo II el problema va aún más allá. La causa de la libertad es para él indivisible cuando señala la aberración de los "nuevos ataques a la libertad en el ámbito de la vida personal, de la familia, de la cultura, del desarrollo económico y de la vida política".

Y en este punto avanza una idea de la mayor trascendencia: el problema de la libertad no es sólo una tarea en lo interno de cada nación; es una lucha uni-

versal y solidaria, al revés de los que quieren ahogarla dentro de los límites del espacio físico que controlan.

“Pienso —dice el Papa— en los hombres y en las mujeres del mundo entero, enamorados de una solidaridad sin fronteras, para quienes es imposible, en una civilización mundial, aislar sus propias libertades de las que sus hermanos y hermanas en otros continentes se esfuerzan por conquistar o defender. Pienso de modo especial en los jóvenes que creen que no se llega a ser verdaderamente libre sino esforzándose por procurar a los demás la misma libertad”.

Que tristemente pequeñas, “provincianas”, resultan las posiciones de quienes levantan aduanas para atajar los pensamientos y a las personas y que gritan ¡Intervención! cuando, a través de un espacio abierto por una “civilización mundial”, la juventud, los intelectuales y los pueblos luchan unidos por la defensa de la libertad negada, porque piensan que ésta es una lucha indivisible.

UN CALLEJON SIN SALIDA

No se puede matar una parte de la libertad sin que todo su cuerpo sea herido, en cualquier espacio o latitud.

Aquí no caben tampoco los dobles **standards** de quienes callan cuando la libertad se suprime en un país que les es afecto, para condenar lo que acontece en el que les es contrario. Esta posición ambivalente, que aplaude y justifica en unos lo que condena en otros, no tiene cabida en este Mensaje.

Un preso en Cuba es tan preso como uno en Chile o Argentina, en Nigeria o Checoslovaquia. La causa de la libertad es indivisible.

Juan Pablo II en sus dichos y escritos centra los problemas y sus soluciones frente a los extremismos monolíticos, antihumanos, que finalmente se convierten siempre en enemigos prácticos de toda libertad. Esta afirmación se amplía, pues no sólo los abusos de los autoritarismos destruyen la libertad, sino que también la aniquilan quienes hacen imposible, con sus propios excesos, todo orden social.

“La verdadera libertad está igualmente ausente cuando formas diversas de anarquía erigidas en teo-

ría llevan a rechazar o impugnar sistemáticamente toda autoridad, confinando en el extremo con terrorismos políticos o violencias obcecadas, espontáneas u organizadas”.

Agrega a continuación, y es inútil buscar atenuantes a sus palabras: “Tampoco existe ya verdadera libertad cuando la seguridad interna es erigida en normas única y suprema de las relaciones entre la autoridad y los ciudadanos, como si ella fuera el único y principal medio de mantener la paz. No puede ignorarse dentro de este contexto el problema de la represión sistemática o selectiva, acompañada de asesinatos y torturas, de desapariciones y exilios, de la cual son víctimas tantas personas, incluidos obispos, sacerdotes, religiosas y laicos cristianos comprometidos en el servicio del prójimo”.

A veces se tiene la impresión de que estas frases tuvieran destinaciones con nombres y apellidos. Dan la sensación de que el que las escribe está apuntando con el dedo a quienes adoptan estas conductas y estas prácticas. Por manifestar conceptos semejantes son muchos los que han sido calificados en los términos más denigrantes. Por tocar, por ejemplo, el tema del exilio, se reciben epítetos condenatorios. Cabe preguntarse qué calificativos merece el Papa cuando enjuicia con tan quemantes términos lo que ocurre en algunos de nuestros países.

La experiencia nuestra y de otros pueblos en América Latina está aquí específicamente retratada, y ningún autor o cómplice puede esconderse, porque no hay conos de sombra que permitan ocultar la verdad.

Las consecuencias de vulnerar los principios señalados están a la vista. Después de años de opresión

se llega a un callejón sin salida, callejón de violencia, de sangre, de destrucción.

Como contrarrespuesta al sistema, aparecen formas de anarquía, terrorismos políticos, de Derecha e Izquierda: ambos desencadenan "violencias obcecadas, espontáneas u organizadas".

Este es el fruto inevitable de suprimir la libertad, del uso de la fuerza como el "único y principal medio", del empleo sistemático de la "no verdad".

Nadie puede querer para su Patria este encasillamiento fatal; nadie desea un dilema tan sin sentido ni esperanza.

No obstante, hay quienes reconocen que todo esto es cierto; pero no dan un solo paso para modificarlo. Leen estas denuncias, pero siempre dan razones para continuar hundiendo sus pies y manos en la represión unos, en la violencia los otros, y prefieren descartar que sea posible actuar de manera diferente. Es ya el reino del puro instinto, de la pasión y de la violencia recíproca.

Las palabras de Juan Pablo II no son meras palabras; señalan la tragedia que significa balancearse entre los dos extremos que buscan ampararse en la fuerza. Como bien lo dice, la muerte de la libertad no prepara los caminos de la paz.

Y sus expresiones no son sólo una teoría. Cada una de sus afirmaciones responde a una realidad que todos podemos palpar con nuestras manos y ver con nuestros ojos.

LA JUSTICIA SOCIAL Y LA LIBERTAD

En el orden internacional y en el orden político interno, como con un bisturí descubre los tumores que envenenan. Algo semejante intenta en el capítulo en que relaciona la libertad y la paz con el problema de la justicia social. Leámoslo:

“A nivel social difícilmente puede calificarse de verdaderamente libres a hombres y mujeres que no tienen la garantía de un empleo honesto y remunerado o que, en tantos pueblos rurales, siguen sometidos a servidumbres deplorables...”. Y más adelante: “...la libertad queda en primer lugar reducida, más de lo que parece, en una sociedad que se deja guiar por el dogma del crecimiento material indefinido, por la carrera a la posesión o la carrera a los armamentos. La crisis económica actual que alcanza a todas las sociedades corre el riesgo de provocar, si no ha sido confrontada con postulados de otro orden, medidas que restringirán todavía más el espacio de libertad que la paz tiene necesidad para brotar y florecer”.

Y continúa: “A nivel espiritual la libertad puede seguir sufriendo manipulaciones de muchos tipos. Por ejemplo, cuando los medios de comunicación social

abusan de su poder sin preocuparse de la objetividad rigurosa”.

La libertad para Juan Pablo II “no sólo es un derecho que se reclama para uno mismo, es un deber que se asume frente a los otros”.

Es evidente que “ciertas formas de libertad no merecen verdaderamente este nombre y es necesario vigilar para defender la libertad contra las falsificaciones de diversos tipos”. Por ejemplo, según el Papa, la sociedad de consumo —un exceso de bienes no necesarios al hombre— puede constituir en cierto sentido “un abuso de la libertad, cuando la búsqueda cada vez más insaciable de bienes no está sometida a la ley de la justicia y del amor social”. “Tal práctica del consumo entraña de hecho un límite de la libertad de los demás, e incluso, en la perspectiva de la solidaridad internacional, ella afecta a sociedades enteras que no pueden disponer del mínimo de bienes para sus necesidades esenciales”.

Más imperativo es aún, si ello es posible, cuando aborda el tema de los desequilibrios entre la extrema riqueza y la pobreza que sufren en el mundo centenares de millones de seres humanos: “La existencia de zonas de pobreza absoluta en el mundo, la existencia del hambre, de la desnutrición, no dejan de poner una grave interrogación a los países que se han desarrollado libremente sin tomar en cuenta a los que tenían el mínimo y hasta es posible que a expensas de ellos”.

No puede haber duda que frecuentemente la riqueza de algunos se ha hecho a costa de los pueblos del Tercer Mundo, cuyos recursos naturales han sido en ocasiones verdaderamente saqueados, sin respeto alguno ni siquiera por su ecología, lo que afecta no

sólo a los expoliados, sino también a las reservas vitales de toda la Humanidad. En otras ocasiones, los precios que se pagan por esos productos básicos, y sus constantes fluctuaciones, impiden programar el desarrollo o causan presiones inflacionarias y desequilibrios de todo orden.

Con relación a nuestro país, podemos comprobarlo en el precio del cobre que contemporáneamente baja en forma constante si consideramos la devaluación del dólar, los aumentos reales en los costos de los bienes de capital requeridos, etc. Y respecto a otras áreas, podemos ver cómo durante decenios se pagaron por el petróleo sumas insignificantes —un dólar y fracción por el barril— para construir todo un inmenso aparato económico alimentado por una energía, no sólo barata sino casi regalada, proveniente de pequeños países con una vida miserable, mientras grandes naciones industrializadas y poderosas compañías monopólicas hacían el más gigantesco de los negocios.

Por eso es que no parece extraña la denuncia de “la pobreza absoluta” en el mundo, la existencia del hambre y de la desnutrición, y el peligro que significa el crecimiento material indefinido por la ambición de la posesión de la riqueza y la carrera de los armamentos, en la cual, para mayor escándalo, no sólo participan los grandes países sino también algunos relativamente pequeños.

Centenares de informes y documentos levantan un verdadero clamor frente a este último hecho, pues con el 10 por ciento o bastante menos de lo que anualmente se gasta en elementos bélicos se podría erradicar la extrema miseria en el mundo, que afecta en la actualidad a más de mil millones de personas. Y esta monstruosidad en vez de disminuir, aumenta.

Mas estos desequilibrios no sólo existen en el plano internacional entre las distintas naciones, sino también en lo interno de cada país se presentan las mismas desigualdades.

Un caso patente es el de América Latina en la que se observan estos contrastes abismales entre la opulencia y la miseria; el consumismo desenfrenado de algunos y la carencia de medios para satisfacer las necesidades más esenciales de otros, muchas veces a escasa distancia, en una misma ciudad, en un mismo barrio, lo que impide el real ejercicio de la libertad, que no sólo no prepara las condiciones para la paz, sino que crea resentimientos, que, a su vez, incuban la violencia. Ninguna "seguridad" podrá subsistir en ese clima.

EL PROGRESO ECONOMICO Y LA EXISTENCIA HUMANA

De ahí que el Papa manifieste que “quisiera interceder para que la comunidad de naciones se esfuerce en ayudar a las naciones jóvenes o aún en vías de desarrollo a alcanzar el verdadero dominio de sus propias riquezas y la autosuficiencia en materia alimentaria así como en las necesidades vitales esenciales”.

“Pido a los países ricos que orienten su ayuda hacia la preocupación primera de eliminar activamente la pobreza absoluta”.

No es un demagogo nacionalista el que recomienda a los países más jóvenes y a los ya muy antiguos, pero aún poco desarrollados, que alcancen el verdadero dominio de los recursos que les son propios y la suficiencia en materia alimentaria, así como de otros elementos que les son imprescindibles. Y si pide a los países ricos que ayuden a eliminar la pobreza absoluta en las regiones subdesarrolladas, con igual o mayor razón demanda lo propio en el seno de cada una de estas naciones.

La causa profunda de su actitud está en que “una sociedad construida sobre una base puramente materialista niega al hombre su libertad, cuando somete

las libertades individuales a las exigencias económicas, cuando reprime la creatividad espiritual en nombre de una falsa armonía ideológica, cuando retira a los hombres el ejercicio de su derecho a asociación, cuando reduce prácticamente a la nada la facultad de participar en la vida pública o se comporta de tal manera en este ámbito que el individualismo o el ausentismo cívico o social terminan por ser una actitud general”.

Qué distancia existe entre estas afirmaciones y aquellas que sostienen que primero es necesario establecer la “libertad económica” como condición para una posterior libertad política, libertad económica basada en una competencia entre desiguales que inevitablemente conduce a una concentración del poder económico y a hacer cada día menos viable aquel tipo de “libertades” que se ofrecen.

Así como el colectivismo termina con la libertad política y económica concentrando todo el poder y la propiedad en el Estado, que se convierte en el único Empleador, igual sucede con los regímenes que “someten las libertades individuales a las exigencias económicas”. Sin lugar a dudas, este tipo de “libertad económica” sin libertad política, conduce precisamente a someter al hombre a las exigencias de los detentores del poder económico sin control y a permitir la coalición de sus intereses con las fuerzas del Estado. Lo que conduce fácilmente a la corrupción y al desprecio de las normas éticas.

El Estado, en esta forma, termina por renunciar a su papel de gestor del bien común, para convertirse en el protector de un grupo reducido de privilegiados de la riqueza y en el guardián de un orden basado en restringir o suprimir las libertades individuales, lo que permite a unos pocos crear más fácilmente sus imperios.

Qué decir de quienes rehúsan el derecho de asociación, aunque digan lo contrario, y reducen a un mero formalismo la participación de la comunidad al impedir la verdadera expresión de su base social, lo que conduce al individualismo y, subrayemos el concepto, a un "ausentismo cívico o social", porque se enerva el espíritu que requiere un ámbito de auténtica libertad. Así, la creatividad de un pueblo es reemplazada por el empuje de un limitado grupo en busca de su poder, en medio de una pasiva indiferencia que cae como sombra triste sobre la vida de la inmensa mayoría ciudadana.

En **Redemptor Hominis** se escribió: "La nueva categoría del 'progreso' económico, que se convierte en una categoría superior que subordina el conjunto de la existencia humana a sus exigencias parciales, sofoca al hombre, disgrega la sociedad y acaba por ahogarse en sus propias tensiones y en sus mismos excesos".

Es necesario, en consecuencia, establecer un principio superior: el de la solidaridad en un sentido amplio "que debe inspirar la búsqueda eficaz de instituciones y mecanismos adecuados, tanto en el orden de los intercambios, donde hay que dejarse guiar por las leyes de una sana competencia, como en el orden de una más amplia y más inmediata repartición de las riquezas y de los controles sobre las mismas para que los pueblos puedan avanzar gradual y eficazmente".

El Papa afirma que no se avanzará en el "camino difícil de las indispensables transformaciones de la vida económica si no existe una verdadera conversión de las mentalidades y el compromiso de pueblos libres y solidarios. No se puede confundir la libertad con el instinto del interés —individual o colec-

tivo— o incluso con el instinto de lucro y de dominio, cualesquiera que sean los colores ideológicos que revisten”.

Juan Pablo II no desconoce, por supuesto, que los instintos existen, pero agrega —y es necesario detenerse en la expresión que usa— que “no habrá economía humana si los instintos no son asumidos, orientados y dominados por las fuerzas más profundas que se encuentran en el hombre y deciden la verdadera cultura de los pueblos”.

Efectivamente, nadie puede desconocer la necesidad de “una sana competencia” o la validez de las leyes del mercado, ni que el interés sea un motor y la lucha competitiva un estímulo. Mas las sociedades no deben regirse en forma absoluta por ellas: se las reconoce en su realidad, pero sometidas a principios superiores, como el de la solidaridad, porque una economía humana debe estar regida por leyes primordiales que terminan por instituir algo muchísimo más importante: la verdadera cultura de los pueblos que se debe “orientar y dominar” en función “de las fuerzas más profundas que se encuentran en el hombre”.

De esas fuentes, según el documento en mención, “debe nacer el esfuerzo con el que se expresará la verdadera libertad humana y que será capaz de asegurarla también en el campo de la economía”.

PROMOVER HOMBRES LIBRES EN UN MUNDO LIBRE

No es, pues, la libertad económica la que engendra la libertad humana y el verdadero desarrollo de la comunidad toda, sino que es la consecuencia de una visión del hombre, de su libertad intrínseca, la que genera el adecuado funcionamiento de todo el cuerpo social y de la economía, en correspondencia con los valores que ocupan un lugar esencial y prioritario.

La libertad no es un don superpuesto ni un atributo insubstancial. El Pontífice lo expresa, por lo demás, textualmente: “La libertad en su esencia es interior al hombre, connatural a la persona humana, signo distintivo de su naturaleza”. “Ser libre —dice al término de este capítulo— es poder y querer elegir, es vivir según su propia conciencia”.

La síntesis de su pensamiento reside en dos títulos que tienen la agudeza de una consigna: “Promover hombres libres en una sociedad en libertad”, y “Promover hombres libres en un mundo libre”.

Por supuesto que la libertad, como lo dijera, “tampoco es promovida en la sociedad permisiva que confunde la libertad con la licencia y que proclama en nombre de la libertad una especie de amoralidad general”. Esa no es la supresión de la libertad, sino su

corrupción por los excesos, que terminan inevitablemente por destruirla.

Si recorremos estos mensajes, sus discursos y las encíclicas, constatamos una coherencia perfecta en la doctrina y, lógicamente como derivación, en las conclusiones. Podríamos detenernos en cada una de sus aseveraciones, y en todas ellas surge la misma visión del hombre y la sociedad y, lo que es igualmente fundamental, de los métodos consecuentes a estos objetivos.

Y no puede ser de otra manera, porque los medios deben ser concordantes con los fines, ya que unos y otros, en definitiva, se condicionan.

Esta es la razón por la cual en sus Mensajes señala no sólo las metas sino también las bases morales para lograrlas.

“Uno de los engaños de la violencia consiste en tratar, para justificación propia, de desacreditar sistemática y radicalmente al adversario y sus actuaciones”.

El hombre de paz, por tanto, no debe recurrir a estos métodos y sí reconocer “la parte de verdad que hay en otros”.

El hombre de paz “no cierra los ojos ante las tensiones, las injusticias y las luchas que forman parte de nuestro mundo. El las mira de frente. Las llama por su nombre”.

Más todavía, este hombre es aún más sensible a todo lo que contradice la paz y “esto lo mueve a investigar valientemente las causas reales del mal y de la injusticia para buscarles remedios apropiados”.

“La verdad —sigue más adelante— no permite desesperar del adversario, no reduce al adversario al error en el que lo ve sumido; al contrario, reduce el error a sus verdaderas proporciones y recurre a la razón, al corazón y a la conciencia del hombre”, porque “uno de los más grandes engaños que corrompen las relaciones entre individuos y grupos, consiste, para mejor estigmatizar el error del adversario, en desprestigiar todos los aspectos, incluso justos y buenos, de su actuación”.

“Y sobre todo, la verdad permite aún más no desesperar de las víctimas de la injusticia; no permite conducir las a la desesperación de la resignación o de la violencia”.

No puede, dentro de esta línea de pensamiento, haber paz “sin una disponibilidad al diálogo sincero y continuo”.

“La verdad no tiene miedo de los acuerdos honestos... sin sacrificar convicciones y valores esenciales”.

EL CAMINO DE LA PAZ

Por desgracia, a veces las imágenes son más determinantes que los argumentos de la razón. Parece más gallardo y viril el que es capaz de violentar y matar. Esta es una imagen ciertamente engañosa. El camino de la violencia para combatir la violencia puede conducir a veces, no siempre, al triunfo, pero lo importante es saber qué clase de éxito se busca, pues fácilmente por ese camino la alternativa consiste en reemplazar un régimen de opresión por otro. Y eso es fatal.

El camino de la paz, al revés de lo que algunos creen, es muy arduo. Muchas veces es necesario soportar el ataque cruzado de ambos extremos o la incompreensión de los que, desesperados ante las injusticias, los abusos, los atropellos, no pueden comprender una actitud que estiman conciliadora con los que oprimen. Nada más lejos de la realidad. El hombre de paz no es un conformista, es un luchador con otras herramientas.

Buscar la racionalidad y la paz no es esconder ni procurar falsos acuerdos con los que abusan. El Papa es muy claro: hay que llamar por su nombre al homicidio, a las matanzas de hombres y mujeres, a la

tortura y a todas las formas de opresión. Hay que investigar las causas del mal y de la injusticia. Esta es una posición activa que impide caer en la tentación de la violencia, de la desesperación o del conformismo.

Es necesario pensar un instante qué ocurriría si, perdida la esperanza de la justicia, no viéramos otro camino que el de la venganza ciega: matar en vindicta pública o privada a los que matan, a los que mienten, a los que prevarican.

Y para confirmar esto, el Papa agrega: "No se puede sinceramente denunciar el recurso de la violencia, si a la vez no se trabaja en favor de iniciativas políticas valientes para eliminar las amenazas a la paz oponiéndose a las raíces de las injusticias. La verdad profunda de la política es contradicha también, tanto cuando la política se instala en la pasividad, como cuando se endurece y degenera en violencia".

Esto significa "descubrir a tiempo las discrepancias latentes y prever el futuro".

El camino de la paz no es, pues, el de la comodidad. Al revés: es el camino de la investigación y de la denuncia, de las iniciativas audaces, el de la oposición a la injusticia. No es ni la pasividad ni la violencia, porque la libertad, a su vez, es algo que no se regala: debe ser conquistada sin cesar. "Ella va en pareja con el sentido de la responsabilidad que incumbe a cada uno".

Quedan así definidos los medios conducentes a lograr una sociedad libre, justa y pacífica. Nadie que siga esta vía puede desencadenar la violencia, nadie debe permanecer mudo sin investigar y denunciar por su nombre los crímenes, sin buscar las raíces de la

injusticia y sin proponer las soluciones correspondientes, y siempre estar dispuesto al diálogo franco y abierto, que no significa renunciar a sus convicciones.

Si esa actitud y diálogo desaparecen, si se deforma sistemáticamente el pensamiento ajeno, no hay verdad, ni libertad, ni paz.

El hombre de paz sabe que la libertad no es un regalo. Las naciones de América Latina han sufrido las consecuencias de no entenderlo así. Periódicamente en el transcurso de su historia han perdido la democracia y la libertad por creer que ésta era el reino de la anarquía, donde todo podía exigirse sin considerar la realidad ni sus posibilidades.

La libertad no es la facilidad, es un riesgo constante, una conquista de cada día.

Sólo quienes son responsables son dignos de la libertad. Con cuánta frecuencia las mismas fuerzas políticas que soportaron a veces silenciosas y sumisas a las dictaduras, se ponen en extremo exigentes cuando llega la libertad. Lo piden todo y nada dan.

Son maximalistas. Todo lo quieren en un día, como si la libertad fuera una vara mágica para resolver todos los problemas acumulados.

El tremendismo ha sido uno de los peores enemigos de la democracia en nuestra América.

Otros, aprovechándola ignominiosamente, multiplican los actos de terror, los atentados y las violencias, como si estuvieran interesados en provocar y justificar el derrumbe de la libertad y de la democracia

Todo ello es irresponsabilidad pura.

Hacia el término de su Mensaje dice el Papa que “la libertad es la medida de la madurez del hombre y la nación. Así pues no puedo terminar sin renovar la llamada urgente que hice al principio: al igual que la paz, la libertad es un esfuerzo que hay que emprender sin cesar para dar al hombre su plena Humanidad. No esperemos pues la paz en el equilibrio del terror. No aceptemos la violencia como camino de la paz”.

LAS BASES DE UN VERDADERO HUMANISMO

El Papa —está de más decirlo— no es un político ni está al servicio de partido alguno. Su palabra y su actitud son esencialmente religiosas, busca la salvación del hombre, de todos, sin excepción, pues no se dirige solamente a los cristianos.

De cada uno de sus documentos, separados y en conjunto, se desprenden los principios de un verdadero Humanismo y señala las bases que le son propias, para permitir orientar la acción individual y colectiva de los hombres. Quien los lea no tiene cómo equivocarse. Puede ignorarlos o combatirlos, mas no falsearlos.

Se propone allí una escala de valores capaz de regir la conducta individual y social, al mismo tiempo que denuncia, sin atenuantes, a quienes la vulneran y contradicen.

Seguramente a muchos estas afirmaciones les parecerán obvias. Sin embargo, su constante y generalizada transgresión terminará siempre en un atropello a la dignidad del hombre y a sus derechos.

Por simples que sean estas verdades básicas, son las únicas capaces de engendrar una sociedad justa.

No se trata de una hipótesis. Su olvido o negación acarrea invariablemente consecuencias fatales.

Más allá de su expresión, este Mensaje humanista, preciso y definido, está llamado a tener una aplicación concreta.

Es tarea propia de hombres que deben actuar bajo su entera responsabilidad, y sin tutelas de ningún orden, el proponer las fórmulas para implementar estos principios en cada sociedad determinada, sin pretender, por supuesto, ser la expresión única u oficial de este cuerpo de enseñanzas.

Desde la publicación de **Rerum Novarum** se ha venido delineando un pensamiento social de inspiración cristiana que ha tenido aplicación en múltiples naciones, y bajo diversas denominaciones han surgido partidos políticos, organizaciones sociales y movimientos culturales que han recogido esta doctrina en Europa, en América Latina, en variados grupos de pensamiento y acción en África, y en círculos más limitados al estudio —pero no por eso menos valiosos— en países del Este europeo.

Estos partidos y corrientes ideológicas, ni excluyentes ni exclusivas, sostienen esta visión del Humanismo de inspiración cristiana que tiene un significado que es incompatible con quienes abusan de esta palabra, pues desconocen, niegan y destruyen permanentemente todo lo que constituye su forma y su sustancia.

Una de sus mayores contribuciones en este siglo fue su aporte decisivo a la notable reconstrucción de las democracias europeas después de la Segunda Guerra Mundial.

En verdad, posteriormente, lo que pudiéramos llamar genéricamente socialcristianismo o democracias cristianas sufrieron un empobrecimiento en su formulación teórica y a veces parecieron sobrepasadas por nuevas olas ideológicas que desbordaban sus posiciones.

Sin embargo, no por eso dejaron de continuar su camino, manteniendo centralmente los principios básicos que les dieron origen.

Hoy aparece una renovación vigorosa y profunda en los más variados movimientos intelectuales y espirituales, de gran intensidad y en las fuentes mismas que los alimentan y enriquecen que se refieren específicamente al problema social; y no cabe duda que últimamente, a través de los Mensajes y los escritos de Juan Pablo II, esta doctrina adquiere inusitada fuerza y claridad.

Se señalan allí los fundamentos de una sociedad libre, justa, solidaria, pacífica, sustentada en el respeto a la verdad, al hombre y a sus derechos.

Cuando el Papa habló en Filipinas ante el gobierno y el pueblo que lo recibía, dijo algo que un gran diario norteamericano calificó como las palabras precisas, en el lugar preciso y ante el auditorio preciso: "Cualquier aparente conflicto —manifestó— entre las exigencias de la seguridad y los derechos básicos de los ciudadanos debe resolverse de acuerdo con el principio fundamental, definido siempre por la Iglesia, de que la organización social sólo existe al servicio del hombre y para la protección de su dignidad, y que no puede pretender que sirva al bienestar común cuando no se protege a los derechos humanos".

LA DEFENSA DE LOS DERECHOS HUMANOS

Estos Mensajes están dirigidos a todos los sectores sin excepción y ello queda aún más claro porque al final del Mensaje de 1981 reserva una específica recomendación al mundo cristiano.

“Para terminar —expresa—, permitid que me dirija más concretamente a los que están unidos a mí por la creencia en Cristo, para que asuman moral y espiritualmente esta misión y encuentren la fuerza de luchar por la libertad en el mundo y, ante las dificultades de esta tarea, no se dejen llevar por la inercia ni el desaliento...”

Quienes han sustentado como fundamento de su acción estos principios tienen hoy, más que en ningún otro momento, la obligación de renovar su pensamiento en sus orígenes y buscar, con imaginación, tenacidad, y eficiencia, cómo aplicar estas ideas y lograr que los pueblos vean en ellas fórmulas reales de solución a sus problemas.

Esa proyección tiene en estos Mensajes un marco de referencia que no puede tergiversarse.

La defensa de los Derechos Humanos es un **leit motiv** repetido y constante; la afirmación de una so-

ciudad en que se respete la libertad es asimismo un tema central; la exigencia de la justicia, imperativa. Sin esas condiciones no hay paz sino violencia.

Por eso es preciso defender la verdad, y ello consiste en respetarla y respetar a quienes difieren, sin calumniar ni deformar su pensamiento.

Nadie que reflexione de buena fe sobre esta doctrina podrá ignorar que ella es incompatible con los sistemas totalitarios represivos, cualesquiera que sean su forma o designación, no sólo en sus fines sino también en sus medios.

El socialcristianismo e incontables hombres y mujeres de otras distintas procedencias ideológicas creen que el único sistema a través del cual estos valores e ideas tienen aplicación es en el de la democracia. No piensan que ella es una finalidad en sí misma, ni la convierten en un mito poseedor de virtudes intrínsecas que funcionan automáticamente. Eso es puro ilusionismo. Tienen, sí, el convencimiento de que, cualesquiera que puedan ser sus limitaciones, es el sistema que mejor garantiza el ejercicio de la libertad, la convivencia y el respeto a los derechos esenciales inherentes a toda persona, y le da al ciudadano mayores garantías que ningún otro régimen conocido en la Historia.

La democracia no responde a una fórmula prefijada en el tiempo. No es cabal, porque refleja la propia condición humana, con sus errores y limitaciones; pero por eso mismo es perfectible.

La democracia, en feliz frase de Maritain, "es una organización racional de las libertades fundadas en la ley", y, sin duda, el único camino por el cual pasan las fuerzas progresivas de la Historia humana.

Con su nombre se visten aun los que no creen en ella, porque nadie puede desconocer que es el sistema que mejor garantiza la dignidad de cada hombre.

Sus elementos constitutivos son universalmente conocidos: designación y renovación periódica de las autoridades a través del sufragio universal, en elecciones libres, secretas e informadas; descentralización y control del poder a través del Parlamento y otros contrapesos constitucionales; derecho de asociación y reunión; libertad de opinión y expresión; respeto a las minorías; acceso de todos los sectores a los medios de comunicación; existencia de partidos políticos y posibilidad de alternancia en el ejercicio del gobierno.

Todos estos requisitos son copulativos y la ausencia de cualquiera de ellos amenaza o destruye el conjunto.

El destino del Humanismo está indisolublemente ligado a la suerte de la democracia.

La perfectibilidad del sistema consiste en que son posibles la crítica y el control y la continuada renovación de sus formas e instituciones para corregir y ampliar los ámbitos de la libertad, la práctica aplicación de los derechos de cada uno, y la búsqueda de la justicia y de la igualdad básicas, ya que nadie podría creer en una igualdad absoluta.

Se oye a algunos hablar presuntuosamente de la democracia ateniense que estiman que fue posible porque estaba reducida a un pequeño grupo y dentro de una ciudad con muy escasa población, para deducir que ella nada tiene que ver con la democracia actual.

Esas eran, sin duda, sus características de acuerdo

a los tiempos en que nació, y donde se pudieron apreciar sus primeros balbucesos.

Siguiendo igual raciocinio, podemos afirmar que las democracias europeas, en el siglo pasado, fueron muy limitadas y defectuosas. Pero, para formarse un juicio exacto, es necesario compararlas con lo que ocurre hoy.

El régimen que era de sufragio restringido es ahora de sufragio universal. El poder que se generaba por unos pocos para que gobernaran pequeños grupos privilegiados, se amplió en su generación y ejercicio a las clases medias y cada vez en mayor proporción al pueblo entero. No sólo se extendió y profundizó la participación política, sino que el cambio social y económico en los países que la practican ha sido evidente y de impresionante magnitud.

Mediante el régimen democrático se impulsó toda la legislación social, la protección del trabajador y sus derechos, su previsión, los servicios de salud, etc. También nació y se extendió la organización sindical y se crearon sistemas educacionales que hace cien o cincuenta años hubieran parecido increíbles. Las leyes tributarias han tendido a una mejor distribución de las cargas y de los ingresos; y se han creado organismos de control para asegurar mejor el funcionamiento de actividades en relación al bien común de toda la sociedad. El rol del Estado y el concepto de la propiedad y su función social han sufrido sustanciales y positivas modificaciones.

Esta evolución, por supuesto, no ha terminado. Al revés, continúa; y dentro del sistema se seguirán corrigiendo sus deficiencias y mejorando su funcionamiento de acuerdo a las exigencias de las nuevas condiciones en que se desenvuelven las sociedades modernas.

Este mismo proceso se puede observar en nuestros países latinoamericanos, a pesar de sus interrupciones, y no reconocerlo es colocarse una venda en los ojos para engañar o engañarse.

Esta exigencia de constante superación está en la esencia misma de la vida en democracia. Por eso es que exige una tensión mayor en toda la actividad individual y social. El hombre sometido, que renuncia a pensar, que evita el diálogo, que sólo piensa en vivir "seguro", empobrece y limita su condición de tal. Hay quienes renuncian a ser ellos mismos. Que otros piensen y decidan por él.

No obstante, las sociedades libres deben afrontar el catastrofismo extremista que busca a todo precio derribarlas por el terrorismo y la violencia selectiva. Tampoco faltan en ellas las facciones que se esmeran en agrandar sus dificultades en la esperanza de volcar el régimen y suprimir la libertad en nombre de la seguridad.

Siempre habrá quienes estén al acecho para establecer sistemas totalitarios o coercitivos. Una de las maneras de intentar corroer el sistema es a través de una propaganda destinada a presentar la imagen de que el régimen democrático es ineficiente y que es imposible en el mundo en desarrollo establecer una disciplina y realizar planes de crecimiento económico, sin restringir las libertades, suprimir los partidos políticos y el llamado pluralismo. Agregan que la libertad es sinónimo de desorden y que a menudo se convierte en anarquía o libertinaje. Como consecuencia, suprimen lo que llaman la democracia "formal" o "liberal" para imponer regímenes totalitarios, dictatoriales o los llamados eufemísticamente autoritarios, según los casos.

Sin embargo, se puede probar en forma empírica que estas afirmaciones constituyen una falacia. La razón y la experiencias históricas así lo demuestran.

Desde luego, nadie podría negar que hay democracias enfermas, cuyos males no provienen de su filosofía misma sino de errores que la desfiguran. Pero la solución que consiste en suprimirla no ha sido tal, sino al revés, pues cuando eso ocurre se han agudizado los problemas sin resolverlos. Toda la historia de estos pueblos y de otros en el mundo así lo enseña.

La democracia no es de por sí ineficiente. Al revés, es en los países en que ha tenido mayor vigencia donde se han alcanzado los más altos grados de progreso económico y social, mientras que muchas naciones en que fue abandonada han sufrido un claro retroceso.

En el plano científico y técnico; en la creación artística, en la rica expresión de su vida cultural, allí donde hay libertad, los resultados son evidentes.

Lo curioso es que los mismos que en los países desarrollados atacan los regímenes totalitarios por suprimir la libertad, vienen a Latinoamérica a hacer el elogio de quienes, desde otro ángulo, igualmente la vulneran. En el fondo, sostienen que la democracia es un lujo para los ricos, pero imposible para los pobres. En sus propios países son realistas y moderados, pero vienen a propiciar para estos pueblos sus afanes teóricos sin conocer siquiera su realidad ni los costos de sus livianas aventuras con las que pretenden experimentar en carne ajena.

Es, si bien se piensa, una actitud en que se mezclan el egoísmo y el desprecio.

Lo inconcebible es que en el interior de nuestras naciones hay quienes copien sin análisis sus teorías o se entusiasmen con sus lucubraciones y los aplaudan porque predicán lo que en sus países no soportarían.

¡Esto sí que es una forma de neocolonialismo, servido por los cipayos correspondientes!

La otra crítica que repiten con insistencia es que la democracia y el régimen de derecho son débiles e incapaces de afrontar las amenazas de la violencia. Pero hasta ahora no han demostrado, como ya lo vimos, la eficacia de los gobiernos de fuerza para suscitar un orden real y pacífico.

Al revés de lo que se afirma, la democracia no significa ausencia de autoridad. Por el contrario, esta última constituye un elemento esencial sin el cual aquélla no podría subsistir, más aún si se considera que puede ser aún más vigorosa, porque tiene la fuerza moral de actuar conforme a la ley.

Se ha llegado a decir que el peligro es la democracia o la libertad ilimitada, como si ella no estuviera sujeta a normas conocidas. En cambio se callan ante la existencia de gobiernos o personas con poderes absolutos, autores de su propia ley, cuando ésta existe, o en situación de modificarla a su entero arbitrio.

MITOS QUE SE DERRUMBAN

Todos estos regímenes que destruyen la democracia y en diversas escalas vulneran los Derechos Humanos, ocultan la realidad y en cambio presentan modelos que en el futuro serán operantes a través de "hombres nuevos" que nacerán de silenciar a los hombres vivos y actuales.

Naturalmente la existencia de hombres nuevos, renovados en el interior de sí mismos, redimidos de sus yerros, es por antonomasia un objetivo que se debe buscar ansiosamente. Cosa muy diferente es arrogarse del poder total o semitotal para comprimir a un pueblo y concientizarlo en función de experimentos económicos y sociales, siempre de dudoso éxito, cuyos verdaderos resultados, por desgracia, vienen a saberse tarde.

Todos los ensayos basados en la fuerza y el silencio tienen un costo de subdesarrollo humano, que se paga con la calidad de vida y generalmente también con el fracaso material.

Conocemos hoy, por el testimonio de sus propios actores, lo que sucedía tras los grandiosos escenarios del fascismo y del hitlerismo. Sabemos igualmen-

te lo ocurrido con Stalin. Tal vez el ejemplo más dramático en el presente lo proporcionan los procesos en China, donde se descuelgan los retratos de Mao-Dios, que dictaminaba en forma infalible sobre "lo divino y lo humano", cuyos admiradores nos relataban extasiados cómo se forjaba allí una nueva Humanidad.

En América Latina, cada vez que cae el telón en cualquier país sometido a sistemas arbitrarios, aparecen también en sus verdaderas proporciones estos hombres endiosados que se perpetúan en los gobiernos, que no aceptan críticas, rodeados por la aureola de una propaganda que los exalta, y a la cual no escapan los visitantes, halagados o interesados, que logran acercarse a ellos y recibir los efluvios que emanan de su poder.

El tiempo nos muestra, una y otra vez, según su proporción y gradación, qué había tras ellos.

Pareciera, por desgracia, que la experiencia histórica fuera tan poco transferible como la individual.

Cada una de estas tentativas, que pretenden reemplazar el régimen democrático o inventar sustitutos, terminan en situación conflictiva, como dice Juan Pablo II, "hasta desembocar en ideologías extremistas que rechazan las formas democráticas de convivencia social".

CONSENSO NECESARIO

Son éstas las razones por las cuales todos los hombres y mujeres que sinceramente creen en los valores e ideas básicas, contenidas en los Mensajes mencionados, pueden llegar a un amplio consenso.

Los partidos políticos cuya inspiración es cristiana tienen el deber de procurarlo. Quienes actúan en ellos lo hacen por su cuenta, sin atribuirse representación exclusivista alguna, asumiendo su propia responsabilidad ya que no comprometen sino a ellos mismos, sólo imbuidos por su adhesión a estos principios.

Su peculiar tarea es contribuir a que éstos se apliquen en cada nación, considerando su realidad, posibilidades, tradiciones y conformación cultural. Asimismo, deben proyectarse en el ámbito de la comunidad mundial donde sus puntos de vista no pueden estar ausentes, ya que múltiples y vitales problemas desbordan los límites territoriales y gravitan cada día más en el destino de los pueblos.

Para ello es necesario que comprendan que el futuro depende del compromiso con estos valores y el sentido de servicio a la comunidad nacional en su

conjunto. El objetivo supremo no puede ser la conquista del poder por el poder ni cualquier combinación para alcanzarlo. Su misión será encarnar esos valores, única manera de progresar hacia un consenso real que permita perfeccionar las instituciones y las formas de vida individual y colectiva.

En América Latina, para confirmar y hacer aún más nítida la validez de aquellos Mensajes, tenemos las conclusiones de Puebla, que son una interpretación de tales grandes principios frente a la concreta realidad de este continente sur.

En sus documentos y divulgaciones se reafirman y subrayan esos valores fundamentales.

El obispo brasileño Ivo Lorscheiter, interrogado por una revista chilena respecto a la doctrina de la seguridad, no limitó su respuesta a este solo tema y aprovechó la ocasión para fijar el alcance de las conclusiones de Puebla.

“Puebla —dijo— ha hecho una precisión muy oportuna. Tomó tres ideologías: el capitalismo liberal, el colectivismo marxista y la seguridad nacional, y las calificó de idolatrías, es decir, generadoras de dioses falsos. Las tres juntas.”

Y agregó: “El capitalismo endiosa el dinero, el colectivismo endiosa una clase. La seguridad nacional endiosa al Estado en contraposición con los derechos fundamentales de las personas... Los tres, insisto, los tres en una sola unidad. De lo contrario, la legítima condena se parcializa”.

“Debemos quebrar el hechizo capitalista y marxista y ser obstinados en sostener que más allá de ellos y, por supuesto, mucho más allá de la ideología de la seguridad nacional, hay una forma de vivir y relacionarse y de progresar que es mejor, más humana y querida por Dios.”

LA OPCION HUMANISTA

Presentar esta opción humanista, asentada en una confianza fundamental en el hombre, en el reconocimiento de sus derechos, en el repudio a toda forma de violencia, en el uso de métodos que se conforman con ese pensamiento por su naturaleza individual y social, implica constituir fuerzas políticas y sociales que deben asumir a su propio riesgo su presentación, defensa e implementación.

La empresa no es fácil, pero sin ella no hay solución posible si se quiere realizar una síntesis de libertad, justicia y paz.

Sería inútil e imposible negar la existencia de conflictos latentes y las rupturas que significan los cambios necesarios. No obstante, frente a ellos es preciso hacer valer esta opción, porque si ella no se presenta sólo queda en vigencia el dilema progresivamente radicalizado, en que las soluciones de fuerza aparecen como las únicas alternativas a recurrir, en las cuales la represión desde lo alto se convierte, tarde o temprano, en rebelión desde abajo. Esto nos lleva a constatar que en estas situaciones el odio que viene desde arriba es con frecuencia más amargo y soberbio que el que surge desde la base.

Mientras estos Mensajes de Paz no sean recogidos y no haya cristianos que los asuman en la vida civil, no podrán ser resueltos los problemas de estos pueblos.

Si los asumen, encontrarán eco y acuerdo con muchos hombres y mujeres que, sin participar de sus creencias, sienten con la misma intensidad ansias de libertad, justicia y paz, porque estos valores están en la naturaleza misma del ser humano.

Empero, ello involucra no sólo poseer una clara concepción de sus tesis, o sea, de sus principios orientadores, sino también contar con la formación metódica para efectuar los análisis adecuados de la realidad y una organización que permita implementar las soluciones propuestas, sin lo cual los propósitos no serán materializados dentro de "un espacio-tiempo histórico" determinados.

El problema consiste en lograr el acuerdo para movilizar no sólo las conciencias, sino además promover una acción que comprometa la voluntad y la vida misma de los individuos.

En una reciente conferencia europea se afirmó que "los hombres no están dispuestos a morir por una segunda máquina lavadora. Pero mueren cada día por ideas. Los Derechos Humanos, el derecho a disentir, el derecho a hablar y publicar lo que decimos es lo que queremos defender".

No se trata sólo de pensar, sino también de hacer. No se trata de mirar hacia atrás, sino de mirar hacia adelante, en especial cuando todo indica que estamos en los umbrales de una nueva edad histórica.

El mayor peligro es el reproche contenido en unos versos de William B. Yeats.

“Los mejores carecen de toda convicción
y los malos están llenos de intensidad apasionada”.

Tal vez no sea tan clara esta división maniquea de buenos y malos; sin embargo, a veces pareciera que los violentos están dispuestos a más porque el afán de destruir suena más decidido.

Es necesario demostrar lo contrario, y ese testimonio no puede estar sólo en las palabras.

No basta el solo saber o la aplicación de determinadas técnicas. Hay algo más profundo, que son las convicciones y las normas morales, pues de otra manera la acción carecerá de verdadera consistencia. Claudel habló de la unión de **animus**, la inteligencia, y de **ánima**, el alma, sin lo cual **animus**, lleno de vano orgullo, se pierde en el vacío.

Por su parte Albert Schweitzer escribió: “Yo defino la civilización en términos generales como el progreso espiritual y material en todas las esferas de la actividad, acompañado por un desarrollo ético de los individuos y de la humanidad”.

De todo ello se desprende que esta concepción implica un empeño que va más allá de lo político, de lo económico y de lo social, para llegar a las raíces de donde nace la conducta del ser humano. Importa por lo tanto una visión global del hombre y la sociedad, cuya trascendencia no está por eso mismo limitada al solo marco partidista. Hay un campo mucho más amplio en que estos valores pueden ser el fermento de un vasto movimiento de ideas que origine nuevas y renovadas experiencias en lo personal y en lo colectivo, que interesen y comprometan a muchos, más allá de los límites de una organización específica. Su ímpetu creador y renovador está destinado a

inspirar la entrega generosa a una causa del hombre en busca de su plena realización.

La oportunidad que se presenta para ejercer esta opción es única ante el desmoronamiento de tanta falsa ilusión, de tan cerrados dogmatismos, de tanto culto al poder y al dinero, de tanta violencia y de tanta mentira disfrazada con los nombres respetables de la democracia, del Humanismo y de la libertad.

Cualesquiera que hayan sido y sean los errores y debilidades de los que sostienen esta filosofía, ella tiene por sí misma un incalculable potencial moral, que, ahora más que nunca, es necesario renovar y movilizar al servicio de la Humanidad, en general, y de nuestros pueblos, en particular.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME:

<http://www.archivo-chile.com>

Si tienes documentación relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, tesis, testimonios, discursos, fotos, prensa, etc.) Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores.